

ERROL UNDERCLIFFE: UN TRIBUTO

Ramsey Campbell

Errol Undercliffe es un escritor de Brichester cuya obra empieza a ser conocida por el gran público. Vivía aislado del resto del mundo, y ni siquiera le conocían los editores de *Spirited*, un fanzine de Brichester. Se rumorea que participó en una mesa redonda de la Convención de Fantasía de Brichester del año 1965, pero no se le ha encontrado en foto alguna del evento. Desapareció en 1967, a la edad de 30 años, mientras efectuaba una investigación en el área de lo psíquico. La mayoría de sus relatos eran puestas al día de temas clásicos de lo macabro. La totalidad de su obra ha sido recopilada en la enorme antología *Fotografiados a la luz de un relámpago*. El director de cine coreano Harry Chang, gran admirador de Undercliffe, acaba de terminar una película que contiene tres historias basadas en cuentos suyos, *Sueños rojos*.

proporcionar pruebas de algo más siniestro, pero temo que el estigma público de charlatán que tenía Undercliffe fue lo bastante persuasivo como para disuadirme de publicar prueba alguna, por si se daba el caso de que Undercliffe reapareciera y me reprochaba el hacer pública su correspondencia a mi persona. De todos modos, en estos momentos me sentiría más que complacido si Undercliffe declarara que tanto su desaparición como su carta eran sendas burlas.

Undercliffe me escribió por primera vez en 1965, cuando la Biblioteca Central de Brichester adquirió mi primer libro. Incluyó en su misiva, tal como acostumbraba, un recorte de prensa de la sección «Cartas al Director» del *Brichester Herald*. Bajo el encabezamiento «¿Pueden ser injuriosos los cuentos de fantasmas?», un «Campesino» había escrito: «He leído recientemente una antología de relatos de fantasmas, ambientados en Brichester, escritos por un tal J. Ramsey Campbell. El Sr. Campbell parece considerar que nuestro pueblo está habitado exclusivamente por brujas, magos o campesinos iletrados. La publicidad del libro hace hincapié en el hecho de que el autor es aún menor de edad, lo cual no creo necesario señalar, dado que resulta patente por su contenido. Antes de que al Sr. Campbell se le ocurra escribir otro libro, le sugiero que 1) visite Brichester, lugar que demuestra no conocer, y 2) crezca un poco». Continuaba en parecidos términos. Podía haber replicado que, en virtud de mis visitas a Brichester, no me parecía un pueblo apetecible para pasar la noche, pero siempre he considerado este tipo de duelo epistolar un tanto infantil, y no tenía ganas de cruzar espadas o plumas. Para que conste, diré que Brichester tenía en aquellos días un aspecto impresionantemente vulgar, pero sigo pensando que era algo que podía resquebrajarse en cualquier momento. Cuando Kirby McAuley y yo pasamos por la zona en 1965, cosa de un mes antes de la primera carta de Undercliffe, tuve problemas para localizar la desviación de Severnford y Brichester, y los jóvenes que tomaban indiferentes el sol frente a un cochambroso cine de Berkeley (que, extrañamente, proyectaba la única película de terror de Jerry Lewis) resultaron de escasa ayuda. Horas más tarde, ya de noche, un policía que hacía su ronda acabamos volviendo adonde estábamos. Tuvimos que pasar la noche en una posada... ¡Cuyo emblema, según descubrimos al día siguiente, era un macho cabrío!

Me estoy desviando del tema. Cito con detalle la carta del *Herald* porque creo que ilustra a la perfección algunas características de la personalidad de Undercliffe. No quiero decir con ello que fuera su autor (al menos, no lo creo así), pero sí que la incluyó en su primera carta, siendo algo que poca gente elegiría para iniciar una correspondencia. De todos modos, el sentido del humor de Undercliffe era bastante retorcido. Algunos dirían que cínico o cruel. Lo poco que sé de su vida me lleva a pensar que eso era consecuencia de su inseguridad. Nunca le visité, y sus cartas son poco reveladoras (pese a que la primera del lote, aquí incluida, lo es más de lo que él mismo hubiera deseado). La mayoría de ellas eran borradores de relatos firmados y fechados. Guardaba copia de cada carta que escribía - cuidadosamente archivadas en su piso-, y la mayoría de los hechos que describió en esos años de correspondencia acabaron convirtiéndose, palabra por palabra, en cuentos cortos. Por ejemplo, la estación de ferrocarril descrita en *El tren que no para* está extraída de una carta a mi persona fechada el 20 de noviembre de 1966.

Si esto dice poco acerca del hombre, sólo puedo añadir que, para el resto del mundo, Errol Undercliffe era el señor Arkadin de los escritores de terror. De hecho, es casi seguro que «Errol Undercliffe» no era el nombre con que le bautizaron. Su negativa a proporcionar datos biográficos no es tan notoria como en el caso de J. D. Salinger, pero sí igual de obsesiva.

Debió de crecer en Brichester o en sus cercanías (véase la primera carta adjunta), pero no pude localizar ni el colegio ni al amigo cuya fiesta de compromiso describe. Nunca he visto una fotografía de él. Quizá pensaba transmitir así a sus relatos el aura de misterio con que se rodeaba; o, de nuevo quizá, se limitaba a salvaguardar su propia intimidad.

Cuando me enteré de su desaparición y me acerqué a su apartamento, la experiencia me sorprendió menos de lo que me entristeció. Esa zona del Lower Brichester es, como ya he mencionado antes, la clase de ciudad cosmopolita en miniatura que se encuentra en la mayoría de los pueblos ingleses: casas de tres pisos llenas de inquilinos de paso, cortinas tan variadas como banderas hay en una conferencia, pero algo más descoloridas, ocasionales vidrios rotos, abundantes cotillas... Alguien arreglaba una motocicleta en la calle del Abismo, y el humo se filtraba por un cristal roto hasta el piso de Undercliffe, empañando el folio que tenía en la máquina de escribir. La casera pensaba deshacerse de ello, junto con sus libros y demás posesiones, en cuanto venciera el alquilo de sus cosas tras largo rato de discusiones e invocando el nombre de August Derleth (que nunca le publicó), el del Consejo de las Artes (que supongo, no conocía su existencia) y alguno que otro más. Cuando logré quedarme a solas, me dispuse a examinar el piso, consciente de que sería registrado a la salida. El guardarropa y la cómoda contenían dos trajes, algunas camisetas y poco más. Nada que resultara elegante para una fiesta de compromiso. Sobre la cama, en el techo, el yeso estaba cuarteado y las grietas parecían formar una telaraña (que, evidentemente, era el que «repentinamente, con horrible apatía, el techo se desplomó sobre el rostro de Peter» en).

para Delta Film Productions, pero el productor Harry Nadler me notificó que nunca llegó a terminarlo. Al igual que tampoco acabó el relato *Atravesando los Colosos*, un cuento metafísico basado en una referencia de mi *Minas en Yuggoth*, emparejada con material de *Abandonar este mundo*.

Lo que vuelve a llevarnos a la necesidad de hablar del libro de Franklyn, algo que, me temo, he estado evitando. Nunca he visto ese libro, y no tengo deseo alguno de hacerlo. Cuando fui al piso de Undercliffe me contuve y no examiné el ejemplar de la Biblioteca Central de Brichester. Imagino que podría conseguirlo por medio de la Biblioteca Nacional, pero sospecho que su ejemplar habrá desaparecido, igual que ha sucedido con las otras.

Pese a que, tal como indica Undercliffe, ese libro tiene marcadas afinidades con los Mitos de Cthulhu en algún que otro pasaje, ninguno de los estudiosos de Lovecraft, como Derleth, Lin Carter, Timothy d'Arch Smith y J. Vernon Shea, pueden proporcionar información alguna sobre el libro. Creo que fue publicado en 1964 por «True Ligth Press», de Brichester. Los datos que proporcionan las cartas de Undercliffe sugieren que duplicaba el manuscrito original, que tenía cubiertas de cartulina y que debía ir encuadernándose a medida que lo solicitaban las li descubrir un sitio donde haya estado a la venta, en el caso de que hubiese habido alguno. Me llegó el extraño rumor de que toda la edición había sido robada de «True Ligth Press» -sita en casa de Roland Franklyn-, y que no se volvió a hablar del libro. Quizá la destruyeron. pero ¿quién?

Ésta es la escasa información que he podido reunir.

The British National Bibliography tiene la siguiente acotación:

. Luego, en septiembre del 66, cuando escribía su
trabajar en la Biblioteca y le había enviado el manuscrito de *La media*, que no le gustó por encontrarlo
«innecesariamente elaborado»), me incluyó la siguiente cita:

«Los psicólogos actuales se equivocan al pensar que los sueños se originan en el subconsciente. Los sueños son el
nexo de unión con las experiencias de nuestras otras encarnaciones. *Debemos ser receptivos respecto a ellos. DÍGASE
A SÍ MISMO ANTES DE DORMIR QUE DEBE VER MÁS ALLÁ DE SU FACETA ACTUAL.* El iniciado llamado
Yokh'Khim, en idioma tond, vino a mí y me describió un sueño relativo a largos túneles en los que era perseguido pero
no podía ver su cuerpo. Tras gran número de sesiones, pudo verse con la forma de una bola de pelo que rodaba por los
túneles alejándose de los Troncos del Fango. La bola en tond se dice Yokh'Khim. Aún no ha alcanzado la etapa de

Atravesando los Colosos y visitaré la Biblioteca.

me los pulmones. Sólo veía el libro abierto sobre la mesa y sentía una terrible y tortuosa tensión, como si una mente atormentada intentara transmitirme su sufrimiento.

ME ENTERRÓ SE VENGO LE DIJE A ELLA ME INCINERARA ZORRA NO PUEDO CONFIAR AYUDADME

Ese AYUDADME se fundía.

SIENTO QUE VIENEN LENTAMENTE HORADANDO QUIEREN QUE SUFRA NO PUEDO MOVERME SACADME SALVADME EN ALGUNA PARTE DE BRICHESTER AYUDADME

uno de esos días en los que sólo pasa algo si lo provocas. En mi caso, tenía que terminar el siguiente capítulo de mi historia.

Bajé del autobús y empecé a recorrer las terrazas escalonadas. En una esquina estaban construyendo una escuela y los obreros tomaban el sol en las vigas. Dos niveles más arriba estaba la terraza Dee, y allí vi la casa de Franklyn.

Era inconfundible. La personalidad que confirió a ese edificio su apariencia final no había sido la del arquitecto. Una chimenea había sido cercenada por la mitad, y quedaba sólo un montículo de piedra blanca. Tenía una habitación extra adosada con ladrillos. Todas las cortinas eran de color negro, a excepción de una verde en el piso de abajo. La erta. El jardín parecía estar desatendido desde hacía años y el césped crecía hasta la altura de la rodilla.

ecto de su cara me bastaba. Metí el libro en el baúl. No toqué el cadáver. Ah, no, no, podrían decir que lo había matado yo. ¡Con todo lo que he sufrido estos años!

(Sin fecha, sin dirección)

EU

Tomé el autobús de Mercy Hill este mediodía. Había pocas cosas moviéndose, las moscas y los peatones se arrastraban cada uno a su manera, y los albañiles trepaban por el esqueleto de la futura escuela. En el cruce de la Terraza Dee me paré a ver la casa. Parecía devorada por el césped, eternamente aislada de cuanto la rodeaba.

Quería acabar con este asunto cuanto antes. El guarda me indicó el camino y cuando llegué a... No. Describir antes el cementerio. ¿Por qué tengo que escribir como si fuera mi última obra? Los sauces de ramas breves y curvas punteadas estaban cuidadosamente espaciados y alineados hacia la colina en la que estaba enclavado el cementerio. Dentro de la misma colina había catacumbas de piedra negra, tras las rejas y la hiedra. Encima del cementerio destacaba el hospital como un gris recordatorio de la esperanza o la desesperación. ¿Qué espantosa ironía los había puesto uno al lado del otro, al hospital junto al cementerio? Las calles del cementerio parecían guardadas por ángeles sin nariz que suspiraban por el cielo. Aquí un ángel mostraba un leproso parche d

izquierdos, allí destacaban las urnas como vasos vacíos ante una cama de enfermo, y una mujer se arrodillaba frente a una corona de flores, ante un panteón. Cuando me dirigía hacia las catacumbas vi la lápida nueva con su lecho de guijarros. Brillaba bajo la luz del sol. Leí el nombre de Franklyn, las fechas que enmarcaban su vida, y esperé.

Descubrí que no sabía qué esperaba que pasara. No a la luz del día. El aire estaba quieto. Me moví alrededor de la tumba y los guijarros saltaron. Mi sombra los había movido. ¡Aún era posible un anticlímax! Dios mío, pensé, Franklyn debe de estar vivo ahí abajo (quizá ya no lo estaba). Se me ocurrió algo, y miré por la avenida de tumbas. La joven a. Me arrodillé en el césped y puse el oído en la grava. Mi oreja se pegó a las piedras, pero no oí nada. Me sentí perversamente disgustado. De pronto pensé que me podía ver alguien que entrara en el cementerio, y me puse en pie, sonrojado.

Cuando me levanté, oí algo. No sé qué. Si lo supiera. Preferiría tener algo concreto a lo que enfrentarme, cualquier cosa excepto esta incertidumbre que me quita toda seguridad. Pudo ser un grito del capataz haciendo que su voz destacara sobre el repiqueteo de la escuela en construcción. O pudo ser (sí, debo escribirlo) un sonido formado por algo aprisionado, paralizado, intentando lanzar un último y débil grito de socorro. Un último espasmo muscular de algo que manotea en la oscuridad mientras es arrastrado hacia abajo, hacia abajo...

No podía correr. Hacía demasiado calor para ello, y elegí caminar. Cuando llegué ante la escuela, las vigas parecían temblar bajo el enorme calor como si estuvieran vivas. Desearía no haberme fijado en eso. Ya no podía fiarme de lo que me rodeaba. Parecía que esta experiencia me había revelado que existían innumerables fuerzas en todo lo que me rodeaba. Cosas invisibles, que acechaban a plena luz del día, transformándose continuamente y planeando. ¿Qué

Seguí caminando. Sé que visualizaba demasiadas cosas, pero podía imaginar, sentir el cemento bajo mis pies tan delgado como el hielo dispuesto a engullirme y hundirme en un mundo donde la vida estaba constituida por cosas que se arrastraban. Me sentaba en los parques. No servía de nada. No sabía qué era lo que podía espíarme desde los árboles. No sabía cuál de esos inocentes peatones podía ser un agente disfrazado, un agente de otro mundo preparando éste para... ¿El qué? ¿Qué había dejado Franklyn? El peligro del escritor: no puede dejar de pensar. Podía sobrevivir escribiendo, pero no había sobrevivido. ¿Por qué voy a hacerlo yo? No debo rendirme. Vagué hasta que se hizo de e encontré en una calle desierta, y una sola luz de color rojo iluminaba una ventana situada encima de un oscuro establecimiento. No sé por qué, me pareció maligna. Debí de recordarme el

Así que volví a casa y escribí esto. La calle está vacía. Sólo parece moverse el farol de la calle. La ventana de enfrente está a oscuras. ¿Qué puede esconderse tras ella, esperando no se sabe qué?

No puedo darme la vuelta. Miro fijamente el reflejo de la habitación que tengo a mi espalda. El espejo parece una foto enmarcada a punto de resquebrajarse por algo que se meterá en su interior. Cuando termine de escribir esto, daré media vuelta.

-No me atreveré -acabo de decir en voz alta.

¿Adónde puedo ir? ¿Dónde habrá un lugar en el que no sienta que algo se mueve entre bastidores?

(Sin firma)

-Norris, Norris... Puedo comprender el caso de Thomas porque es un idiota, pero usted... Ayer mismo le enseñé en la pizarra cómo resolver este ejercicio. No me diga que no estuvo presente.

-Estaba aquí, señor. Es que no lo entendí bien, señor.

-No lo comprendió, señor. No hizo preguntas, señor, ¿verdad, señor? Estaba componiendo una oda sobre el tema, ¿verdad? Venga aquí.

Scott se puso bien sus ropas, la tiza silbó en el aire.

John quería cerrar los ojos, pero no estaba permitido. Toda la clase le miraba, deseando que les representara en el ritual sin avergonzarles. Scott extendió la mano izquierda de John a la altura adecuada, controlando las distancias con la

-Ni idea -respondió, sintiendo que su confianza se desvanecía-. Pensé que tú lo sabías.

Unos tacones resonaron en el asfalto.

-Sigamos a esas chicas. Tienen buena pinta -dijo Dave-. Puede que vayan hacia allá.

John aceptó en silencio. Si las chicas volvían la cabeza, se reírían de su uniforme escolar. Sus abrigos rosas se movieron al viento, atrayendo a Dave; su perfume dejaba un rastro tras ellas. El aire de las Catacumbas estaría preñado de humo y de este aroma. Las chicas cruzaron la calle corriendo, como si dejaran atrás las piernas a cada paso, y se perdieron dentro de un pub sito entre una casa de apuestas mutuas y el Club Social de la Cooperativa. Dave estaba dispuesto a seguirlas, pero John oyó un retumbar que provenía de una calle situada a la izquierda.

-Es por ahí. Vamos, sólo hemos perdido diez minutos.

Los coches que pasaban por la avenida parecían circular en silencio. En la calle lateral notaron un latir bajo sus pies, como el retumbar de una guitarra eléctrica. En algún lugar del subsuelo estaban las Catacumbas, pero las paredes que les rodeaban no traicionaban entrada alguna a estas cuevas reclamadas por la ciudad en su ciega búsqueda subterránea de espacio. La amenaza parecía introducirse en ese pulsante ritmo a través del de la mano herida de John. En una grieta se columpiaban somnolientas unas arañas que pendían de su blanca tallejuela, un vendedor de periódicos cargado de ejemplares del *Brichester Herald*, con un abrigo tan parcheado y remendado como las paredes. El hombre pasó ante ellos en silencio, apoyando una mano en los ladrillos. El muro en que se apoyaba, situado frente a los chicos, cedió ligeramente. Era la puerta disimulada entre los ladrillos, y se deslizó sobre sus bisagras.

El hombre pasó de largo.

-Ahí debe de ser -dijo Dave, dando un paso adelante.

-Yo no estoy tan seguro.

El hombre había llegado a la avenida y empezaba a vocear ¡*Brichester Herald!* John miró atrás y vio que la puerta del pub se abría para dar paso a Scott, que caminó en su dirección.

-No -dijo John, empujando a Dave a través de la abertura.

Lo último que vio del exterior fue a Scott comprando el periódico.

-Era tu amigo Scott -le ladró a Dave.

-Bueno, no es culpa mía.

Dave señaló al interior, a un corredor de piedra que conducía a la tenue luz azul, situada tras una curva.

-Esto deben ser las Catacumbas -dijo.

-¿Estás seguro? -preguntó John mientras caminaba-. La música es cada vez más débil. De hecho, ya no la oigo.

-Oh, Dios -gimió.

Los ojos se le acostumbraron a la oscuridad. Creyó divisar una figura al fondo del pasillo, desprovista de sombra por la iluminación. Se lanzó hacia ella, rozando las piedras con la mano. La bóveda parecía tirar de él; una araña color turquesa colgaba de un hilo azul y trepaba hacia arriba. Las piedras estaban plegadas de protuberancias. John se secó el sudor de la frente mientras corría. Delante de él, la figura se detuvo, esperándole.

-La puerta se ha cerrado. No podemos salir -dijo, y resopló, boqueando en busca de aire.

-Entonces, tendrás que venir conmigo -

- Sea lo que sea este sitio, debe de haber otra salida.

-Pero esto va hacia abajo.

-Ya me he dado cuenta. Debe de volver a subir en algún momento. Quizá si... ¡Mira!

Seguían caminando y habían doblado otro recodo. El pasillo seguía adelante, brillante. John intentó no mirar directamente a Dave. La luz parecía haberle chupado la sangre del rostro, y la duda brillaba débilmente en su mirada. Las hebras de telarañas que forraban el suelo de piedra, teñidas de azul, llevaban a otra desviación. En la pared de la izquierda, Dave había visto una abertura. Corrió hacia ella seguido por un John que se había quedado sin Catacumbas y que sólo quería volver a la clase de Scott y al inspector. Dave se enfrentó a la abertura y la duda se intensificó en sus ojos.

Era una abertura, sí, pero no conducía a ninguna parte. Era un nicho de poco más de metro y medio de altura y treinta centímetros de profundidad. Totalmente vacío, a excepción de unas telarañas que subían y bajaban siguiendo el interior. Una araña del tamaño de un pulgar corrió por la embotada esquina. Se echó a un lado, pero sólo era un cascarón que cayó, rebotando en las piedras.

John, que había sobrepasado el siguiente recodo, descubrió otra curva y otra cámara. Esperó a que Dave se le uniera. En el segundo nicho había una espesa capa de telarañas. Llenaban la abertura, brillando blandamente, moviéndose cuando Dave volvió a ponerse delante. Los chicos corrían, la luz parecía congelarse alrededor de ellos, el hebras de telarañas se agitaban a su paso. Una curva, una cámara, telarañas. Otra más. John miraba en derredor, estremecido por un terror indefinido. Las telarañas de los nichos parecían tomar una forma horrible en su e le quemaba como si fuera ácido: llegar tarde a la clase de Scott.

-¡Fíjate, el pasillo se hace más ancho! -

Antes de que John pudiera darse cuenta, estaban en un espacio abierto.

Era una habitación circular. Sobre sus cabezas se abría un techo en forma de cúpula que irradiaba luz azul a través de telarañas similares a nubes. En las paredes se abrían mas galerías, orientadas a partir de una enorme charca de aguas tranquilas. La superficie parecía cubierta de una alfombra de telaraña, como si fuera un enorme y andrajoso vello enjoyado.

-No lo entiendo -susurró Dave.

Su voz recorrió la estancia, agitando las partículas que flotaban en el aire. John no dijo nada. Entonces, Dave le

Más allá de la charca, entre dos nichos, había un perchero con ropa: sombreros, capas, un sobretodo negro, un traje de tweed, uno a rayas con un pañuelo naranja que ondeaba como una bandera, y otro gris. La visión inundó a John de un horror de pesadilla.

-Deben de pertenecer a un vagabundo -dijo desesperadamente.

-¿Tantas cosas? Voy a echarles un vistazo de cerca -dijo rodeando la charca.

-No, Dave, ¡espera!

John se deslizó en su persecución. Un pie le resbaló en la orilla de la charca. Miró abajo. Su reflejo fue capturado por las telarañas enjoyadas con gotas de agua, y devorado. Su voz se perdía en los corredores.

-Ya son más de la una. Tú pruebas por un pasillo y yo por otro. Alguno debe de llevar al exterior.

dor, las mesas vacías, las bandejas metálicas. El guardarropa con sus filas de abrigos colgando de perchas.

-Me temo que no puedo confiarte al cuidado de nadie -dijo el inspector.

Las puertas desiertas. Enfilaron hacia el pub, hacia la callejuela. Aún había tiempo. Los dedos que le sujetaban la muñeca ya no eran dedos. Tenía los ojos tan velados como la charca. Se acercaban dos mujeres con carritos de compra. Pero tenía la boca cerrada por el miedo. Se metieron en la callejuela. Aún no tenía taponados los comentarios de una de las mujeres.

-¿Te has fijado en eso? Debe de ser otro de esos críos que no quieren ir a la escuela.

*Errol Undercliffe: un tributo. Traducción: Lorenzo Díaz
(Incluye Los párrafos de Franklyn y El intruso)
Demonios a la luz del día. Ramsey Campbell
Super Terror, 26. Martínez Roca, 1988*